

Rogelio Sinán

La
isla
mágica



**EDITORIAL
TECNOLÓGICA**

Rogelio Sinán

La
isla
mágica



UNIVERSIDAD TECNOLÓGICA DE PANAMÁ



© Editorial Tecnológica,
Universidad Tecnológica de Panamá
Panamá, Campus Universitario «Dr. Víctor Levi Sasso»
Teléfono: (507) 560-3703
Correo electrónico: editorial @utp.ac.pa

La isla mágica

© Herederos de Rogelio Sinán, abril de 2002.
© Ruth Domínguez de Perdomo, 2014.

Primera edición: Instituto Nacional de Cultura, Panamá, 1979.
Segunda edición, corregida: Ediciones Casa de las Américas, La Habana (Cuba), 1985.
Tercera edición: Universidad Tecnológica de Panamá, Panamá, abril de 2002.
Cuarta edición: Editorial Tecnológica, Universidad Tecnológica de Panamá, 2014.

P
863
S615 Sinán, Rogelio
La isla mágica/Rogelio Sinán.– 4ª ed.–Panamá: Editorial
Universitaria UTP, 2014.
508 p.; 23cm.– (Colección Arcaluz)

ISBN 978-9962-698-15-9

1. LITERATURA PANAMEÑA–NOVELA
2. NOVELA PANAMEÑA. I. Título

ISBN 978-9962-698-15-9

De conformidad con las leyes vigentes que rigen el derecho de autor y derechos conexos en la República de Panamá, se prohíbe la reproducción parcial o total de esta obra en cualquier tipo de soporte mecánico o electrónico, incluyendo el fotocopiado, salvo autorización escrita del editor o del autor.

Diseño gráfico y diagramación:
Editorial Universitaria UTP
Departamento de Comunicación Gráfica

Revisión Filológica:
Klenya Morales
Héctor Collado

La Editorial Tecnológica es miembro de SEDUCA

Hecho el depósito legal.

INTRODUCCIÓN

La Universidad Tecnológica de Panamá, con la presente entrega, se honra una vez más en cumplir con la ordenanza de ser punto nacional de cultura, pues *La isla mágica* es la novela panameña por excepción y por antonomasia.

La isla mágica es la novela de la madurez, vital y literaria, de Rogelio Sinán y supone un hito axial para referenciar el antes y el después de las letras nacionales; con esta novela, el maestro está a la altura del *boom* literario de la nueva novela hispanoamericana. Pertenece a la corriente estética del realismo mágico, con la misma calidad estética de Asturias, Carpentier, Fuentes, Onetti, Rulfo, Sábato, Cortázar, García Márquez...

Por las necesidades de la lectura mítica, las historias de la novela están fragmentadas, para ubicarlas en un tiempo indefinido, que se repite (Rafael Ruiloba, 1981), porque la lectura completa de este libro integra la totalidad mítica de la historia de Panamá, que abarca, en extensión, un centenar de cuentos como el *Decamerón*, de Boccacio, y, aunque cada uno puede leerse como cuento autónomo, no es inconexo dentro del hilo argumental (A. de Ricord, 1989). Las historias arraigadas en diez decálogos monolíticos, convierten, en términos formales, el esfuerzo de elaboración de *La isla mágica*, para dar un orden a la escritura como si fuera un juego de rayuela, donde todos los caminos de la lectura, llevan a la totalidad del mito que contiene todos los valores de la identidad nacional (H. Agosti, 1980).

En el capítulo “Pro mutuo beneficio”, expresa el ideario estético de la novela: “No te extrañes de nada aún por absurdo que pueda parecerte, pues a veces los hechos sin dejar de ser reales, adquieren apariencias maravillosas”. La mitología que envuelve este documento apunta que hubo un arduo trabajo, algo más de veinte años. Los archivos contenidos en el Memorial Rogelio Sinán, de la Universidad Tecnológica de Panamá, atestiguan el esmero, la creatividad y la disciplina con que

fue concebida la obra. No fue sino hasta el año 1977, que merece el Premio de Literatura Ricardo Miró, por ser “una novela que revela un rico mundo narrativo, con un lenguaje que atrapa distintos planos y distintas historias con gracia y humor indiscutibles; y que nos muestra además a un autor maduro en el dominio de las formas narrativas y con conocimiento cabal del oficio”, al decir de los jurados del certamen.

La novela, a pesar de su extensión, no deja tiempo para la pausa. Una Semana Santa extendida, una centuria que refleja el vasto conocimiento de las historias y los personajes y los símbolos, de los ritos y los mitos contenidos en los Testamentos con los que ejerce Sinán su magisterio. La historia del país (real o imaginaria) expresa un apremio ideológico como eje transversal. Por lo menos explora, explota ciertas vetas desconocidas que se pierden en la leyenda.

HÉCTOR COLLADO

Julio, 2013.

decálogo
primero



I
CONTRAPUNTO SIMBÓLICO EN MEMORIA DEL HÉROE

—Mis queridas alumnas, basta por hoy. Al concluir mi elogio deseo expresarles, en calidad de amiga y educadora, mi espontáneo y más íntimo sentir sobre el héroe a quien todas, de mutuo acuerdo, hemos resuelto dedicar esta estatua. Juan Felipe Durgel merece el cálido honor que le rendimos no sólo por su vida ejemplar sino porque hoy se cumplen diez años de su sensible fallecimiento.

—¡Vaya tupé! ¿La oyes, Malala? Tú sabes que ese truhán fue mi desgracia. Por culpa de él murió mi nieta, que en paz descanse. Lo absurdo es que a pesar de esa infamia le hace la apología. Lo encumbra como a un varón ilustre. ¿De cuándo acá fue insigne su prosapia? El negro Pipe descendía de lo peor. Tú lo sabes. Las Durgel, madre e hijas, instauraron aquí la más preclara dinastía de las putas. Tu sobrina está loca, María Adelaida.

—Amadas educandas, todo en la isla recuerda con cariño y ternura a Juan Felipe Durgel. ¿No escuchan como un rumor de voces? Es la forma de hablar de las criaturas de la Naturaleza. Para ellas él continúa viviendo, pues desde niño se mantuvo en contacto con ese mundo mágico que nos rodea día y noche: brisa, árboles, campanas; mar, balandras, gaviotas; peces, mariscos, olas; nubes, tormentas, frutas. ¿No creen que la quebrada lo evoca en sus recuerdos?

—Claro, ¿cómo olvidar al niño que entre mis aguas se divertía, desnudo, prieto como un diablillo? Con madera de balsa y engranajes de inservibles relojes hacía mínimos botes con los que, compitiendo en regatas, lograba superar a sus compinches.

—Tampoco yo, que soy el mar, olvido al robusto adolescente que nadaba veloz entre mis olas sin dejarse vencer. No les temía ni a las voraces tintochas.

—Aplicadas alumnas, no tergiversen mis palabras ni acudan al rubor intimidadas por lo que voy a confesarles. Escuchen con unción: Felipe fue un misterio gozoso. (*No me beses, Chompipe.*) Había resuelto situar la esfera de sus constelaciones en todo vientre de mujer.

—Bien sabes que fue un cínico, Malala, un impúdico violador de doncellas. Sólo pensaba en la pagana rebeldía de la carne contra la Ley de Dios. Por su vida de oprobio y de pecado debe ahora estar sumido en el infierno achicharrándose con otros condenados. Te invoco a ti, Luzbel, ¿dime qué opinas de ese huésped egregio?

—Mejor no me lo mientes. No pude someterlo ni encasillarlo según mis pautas milenarias. Nuestras computadoras estuvieron a punto de estallar. Felipe no tenía credenciales ni siquiera aptitudes para vivir y someterse a un régimen sistematizado como el que impera en el Infierno. Tampoco fue admitido en el Purgatorio. Menos pudo colocarse en el Reino de los Cielos. Tuvimos que dejarlo en libertad y a su libre albedrío, pues tuvo el cinismo de decirnos que no creyendo en pájaros preñados, prefería ser satélite mostrenco. Aún sigue errante, tal vez a la deriva. Murió como vivió, siempre en contradicción consigo mismo, pero no por su culpa. No tuvo más remedio que ser un transgresor de la Ley sencillamente porque así figuraba en los signos de su cábala. Su dosis de lujuria, por fortuna, tenía a su haber un privilegio: estaba exenta de inhibiciones. Por eso sus instintos eran irrefrenables. La libídine lo hacia actuar como un tigre sobre su presa. El hambre es lo que impulsa a la bestia que, sin saberlo, es cruel. De igual manera, a veces, la posesión sexual tiene apariencias de ser un acto cínico o perverso o satánico. Quien lo ejecuta goza, sacia su hambre, y es inconsciente de su propia violencia. Obedece a un mandato inexorable. Desde luego, es lógico que a mí me echen la culpa. Pregúntenselo a Dios que es mi creador. Yo me lavo las manos como Poncio Pilato. De todos modos, los beatos de tu clan, Vicente Barcia, me siguen calumniando aun a sabiendas de que cualquier gesta genésica se rige por ordenanzas pánticas.

—Dilectas jovencitas, Juan Felipe Durgel tenía el destino del sembrador Adán a quien Dios dijo: siembra tu semen, ahonda, multiplicate. (*No me toques, Chompipe.*) Es ésa la razón por la cual sometióse al gran dictado divino sin poner cortapisas a su insaciable furor de ser ni aun a su desmedida ansia de deshacerse.

—El muy ladino tenía la fatua e inmodesta pretensión de imaginarse que todas las doncellas de la isla (como si le debieran vasallaje) debían pasar bajo sus horcas caudinas, pero tú sabes, Lala, que era un pobre infeliz sin raciocinio. Se burlaba de las cosas de Dios y de la Iglesia.

—Nosotras, las campanas no lo quisimos mal. Supo tocarnos con cariñoso tacto para hacernos cantar. ¿Cómo culparlo de su heroísmo fálico si lo hizo para que se cumplieran las Escrituras?

—Por tal razón, debo decíroslo, inocentes alumnas, Felipe prodigaba, casi despilfarraba su fecunda simiente (*Cálmate, Pipe. Tus caricias me electrizan la piel.*) Su prodigiosa savia, su semilla, deseaba germinar; pero era en vano, pues prejuicios raciales decapitaban su eclosión condenándola a la esterilidad. (*Suéltame, Pipe. Me enloqueces.*)

—Un libertino, Lala, un mujeriego; lenguaraz, egoísta, mentiroso. ¿Qué se podía esperar de un individuo de tan innoble casta, de un perverso burlador de muchachas? Sin escrúpulo alguno creía tener derecho de pernada, pretensión que tal vez no era ostentoso afán de hacer alarde, pues cuando revisamos los cómputos de sus más conocidos desafueros obtuvimos la triste convicción de la jugosa cifra de mujeres caídas en las redes del seductor, amén del cúmulo de inermes vírgenes violadas por él con artimañas.

—Nosotros, los instintos de Felipe, supimos rebelarnos contra la ultramontana y mezquina moral estatuida por anticuadas normas de totem y tabú. Por eso lo impulsamos al disfrute de la vida libérrima. ¡Loamos la pureza del cuerpo en su desnudo esplendor ¡Negamos el pecado original! ¡Ilustres beatas, abajo las camándulas y las hipocresías!

—Juan Felipe Durgel había crecido, mis amadas discípulas, como espiga silvestre sin temerles ni a la lluvia ni al sol: Desde niño jugueteaba desnudo sobre la arena o zambullíase entre las olas. (*Sosiégate, Felipe. Sé cómo estás. Te sienta.*) Nació y vivió en esta isla, despreocupadamente, mecido por el mar y arrullado por las palmeras lánguidas.

—Y nosotras, sus glándulas, no hacíamos otra cosa que vivir en perpetua actividad. Con tal espécimen era preciso estar alerta día y noche. Semental pura sangre, Felipe era rijoso y estaba convencido de su estupenda dimensión varonil. Garañón o padrote, como quiera llamársele, era un hombre. Su desventura fue, a no dudarlo, su loca e insaciable búsqueda del placer. Goce tras goce, vivió de realidades efímeras. De ahí que fue un eterno insatisfecho. La mujer que él deseaba, la inasible, se deshizo en promesas, en un perenne sueño inaferrable.

—Maldad, libertinaje, impudicia, vicio y refinada crueldad, lo sabes, Lala, todo eso fue Felipe. Hacía alarde de sus proezas lúbricas sin preocuparse de las pobres criaturas ultrajadas de las que él se burlaba. Se ufanaba de dar siempre en el hito mediante argucias. Las reglas de su juego no consistían en rebuscados halagos o en el vestir con garbo o en seducir a las mujeres a fuerza de ir enhebrando frases almibaradas y

llorosos requerimientos sino en el vil engaño, la vulgar macalusia o la violencia a mansalva.

—Desde el cielo estrellado, siempre alumbré sus lides amorosas sobre el pontón o en la playa o en las barcas. Cierta procaz gringuita, poseída por él, convulsionada, mirándome brillar en el cielo, le decía ebria de goce: *Look at the moon, John Pipe. It is beautiful.*

—Felipe era la gota cayendo en el océano (*sí, cariño, ten calma*); era el chisguete viril del surtidor (*Pipe, modérate*); era la esencia de todas las pasiones.

—Un vago, ocioso, flojo, sinvergüenza, haragán, chulo y poltrón. Dormía a sus anchas mientras la gente honrada cumplía con sus deberes como Dios manda.

—No era tan perezoso, pues en casos de urgencia madrugaba. Yo acunaba su panga entre mis olas cuando, a cambio de dólares, entretenía el *spleen* de alguna gringa otoñal. Me decía: Oh, mar, ayúdame. Necesito dinero.

—Su desmedida soberbia y su incoercible lujuria lo volvieron cruelmente despiadado como si su sevicia la causara algún deseo de venganza.

—Toda hembra aprovechable debe ser poseída.

—Tienes razón, buen zángano. Lo grave es que si alcanzas a tu reina, tras poseerla, debes morir. Qué lástima. No vamos a negarte que nosotras, las flores, también sabemos algo de esa filosofía. No hay existencia que no surja de un polen.

—Queridas educandas, no quisiera que malinterpretaran mis palabras, pero creo necesario confesarles que cada noche, al evocar a Felipe, me parece verlo surgir de mis ensueños como un fantasma real —delfín en celo— de entre las olas glaucas. (*Sigo añorándote en mi aún fogosa soledad. Vivo evocándote.*) No olvidemos que fue un gran pecador, según dicen, y que no tuvo tiempo de arrepentirse. Elevemos piadosamente nuestros ruegos con la seguridad de redimirlo...

—Por desgracia, nosotras, las mujeres de la isla y sobre todo las madres, sin noticias exactas de lo que sucedía, tal vez pecamos por haber sido incautas y poco precavidas. Claro, no era posible predecir sus ataques ni evitar su lasciva voracidad. Mucho menos podíamos aplicarle la sanción merecida, pues las zonzas jovencitas burladas preferían silenciar su desventura como lo hacían, años atrás, las violadas por los *marines* entre los que campeaban también gringos negros que, cuando estaban ebrios, cantaban *Yo también soy América* como diciendo “si los blancos lo hacen, también nosotros lo podemos hacer.”

—Mis olas cadenciosas rompen sobre los arrecifes y acantilados del humilde cementerio de la isla. Quizá bajo la losa donde una mano amiga grabó su nombre descansa en paz su pánico entusiasmo genesiaco.

—Sin embargo, tengamos fe, Malala. La justicia divina fulmina al pecador tarde o temprano. Esperemos que cuando él rinda cuentas en el Valle de Josafat obtenga... (*Ráfaga musical.*)

—... la gloria que mecere (*no me excites, Felipe*) que es la de estar sentado a la diestra de Dios Padre.

(*Compases de órgano. Coro de voces núbiles. Repique de campanas.*)

II EL PASO DE LAS ÁNIMAS

Si no amenaza lluvia ni tiene urgencia de visitar a algún enfermo, don Plácido Ladera emprende a diario su caminata vespertina cuyo habitual itinerario es la vereda que bordea la bahía rumbo a la playa de Barlovento hasta cuyos abruptos arrecifes no llega desde la muerte de Balbina.

Su paseo cotidiano solo incluye en su recorrido la distancia que va desde su casa hasta el puente que cruza la quebrada. Detenido sobre él, mira el inquieto correr del agua, le echa un corto vistazo a los tamarindos, rememora su infancia y, de regreso, se toma un buen descanso bajo los árboles del umbroso rincón que la costumbre sigue denominando el Paso de las Ánimas.

El tupido ramaje de corpulentos mangos, caimitos y mameyes une sus hojas y forma sobre el sitio como una especie de túnel vegetal de umbrío frescor cuyo atractivo crece a medida que el sol va declinando y adquiere cierto carácter de misterio que invita a meditar, sobre todo, porque una cruz de hierro señala allí una inicua efeméride que en realidad recuerda un crimen sádico.

Cristianos símbolos idénticos, clavados en diferentes puntos de la isla, dan testimonio de muertes ocurridas de modo trágico en los aciagos tiempos de la Colonia o en los días turbulentos de la Fiebre del Oro, pero ninguna cruz, piensa él, ha dado pábulo como ésta a tan copiosa tradición de fantasmas y presagios.

Al apartar con su bastón la hojarasca que cubre la peana, golpea por incidencia la cruz y de su herrumbre se desprenden costras de óxido. Las sacude, se sienta sobre el ruinoso zócalo y contempla la dársena.

Años atrás, gente piadosa anónima mantenía en aquel paso una guaricha siempre encendida para eterno descanso de las benditas ánimas

del Purgatorio. En ese tiempo, aún no había como ahora alumbrado eléctrico, piensa don Plácido, y los pocos faroles del Municipio sólo beneficiaban áreas pobladas. Siendo una bóveda de tan sombrío ramaje, el Paso de las Ánimas fomentó mil leyendas de aparecidos, un perro negro, un cura sin cabeza, cierto ahorcado que ardía. Los timoratos temían aventurarse de noche bajo sus árboles.

Cuando la oscuridad invadía la isla, la luz de la bujía agigantaba el zigzagueo de las sombras a cuyos lóbregos efectos se unían el ruido de las frondas movidas por el viento, el mugir de las olas y el chillido estridente de los murciélagos. Sólo jóvenes ebrios temerarios se arriesgaban impávidos por tan siniestra curva del camino, pero lo hacían en grupos y jamás se olvidaban de rezarle a las ánimas.

Don Plácido no cree en supersticiones.

—¿Cómo sigue Balbina? —dijo Clotilde—. Te envió recado. Acuérdate. Está grave.

—¿Qué tiene?

—¿No fuiste a visitarla? La pobre está tan sola desde que se llevaron a su nieta para el asilo de dementes. Puede estar en las últimas. Aún puedes...

—¿Ir hasta Barlovento?

—La tarde está cayendo —dijo Vicenta—. Debes apresurarte. No te olvides de rezar la Magnífica.

Don Plácido Ladera contempla el mar, las barcas, las gaviotas.

Allá en la lejanía, un trasatlántico, rumbo a la boca del Canal, da la impresión de estar inmóvil.

Sobre los arrecifes se aglomeran, con su flemática alharaca, innumerables pelícanos, algunos de los cuales, como por turno, alcanzan en cuando el vuelo, planean con sus extensas alas abiertas, descienden bruscamente, se sumergen como flechas entre las olas y salen luego a flote chorreando agua con su presa en el pico.

A poca altura, sobre la orilla de la playa, las tijeretas abren y cierran las puntas de sus colas como cortando el aire. Diminutos cangrejos corren de un lado a otro y hacen esguinces huyendo de la inquieta chiquillería semidesnuda que saca almejas de la arena. Creo que uno de esos niños es Juancito el hijo de la maestra Salerno. Se le ha escapado. Hoy ella debe estar en la iglesia muy atareada en los arreglos del Santo Sepulcro.

A lo lejos, el majestuoso paquebote se va ocultando tras una isla, buena prueba, piensa don Plácido, de que su inercia era aparente. Igual pensamos de los astros; parecen fijos, pero marchan veloces.

¿Y el tiempo? Lo imaginamos lento o rápido según la relación que establezcamos entre él y nuestras vidas en base a diferentes estados de ánimo. La verdad es que el tiempo es la más paradójica de las incógnitas.

Esta fugacidad de la existencia me ha jugado la peor de las partidas, pues de pronto me he dado cuenta de que los años se me han venido encima vertiginosamente.

Lo que en definitiva ha consternado a don Plácido es la evidencia de que le faltan pocos días para llegar a ser ni más ni menos que un contumaz nonagenario de barba rala y testa calva. Tan fugaz es el tiempo, que apenas le parece haber iniciado ayer sus clases como maestro de enseñanza primaria.

La verdadera vocación de don Plácido, como todos sabían, aún seguía siendo la medicina, carrera de la cual logró aprobar, en Bogotá, varios cursos. Fue una lástima no haber podido... Bueno, se vio obligado a interrumpir sus estudios debido a las continuas asonadas y por falta de medios sin que aun todo ello lo hiciera desistir de proseguirlos a la buena de Dios. Su tenaz sueño de convenirse en médico contra viento y marea lo hizo volver del altiplano con más bríos y creció en él de manera tan obsesiva que sin ayuda de maestros se hundió en los libros; sirvió en los hospitales haciendo oficios de enfermero y ayudando a practicar las autopsias; luego fue cirujano de emergencia y adquirió gran destreza amputando piernas y brazos durante las agónicas jornadas de la guerra civil. Cuando quedó cesante “por razones políticas” se estableció definitivamente en la isla, supliendo la carencia de médicos y aun de farmacia ya que él mismo vendía las medicinas que recetaba. Poco a poco se ganó la confianza de todo el pueblo. Lo buscaban hasta en las altas horas de la noche y aun en la madrugada, pues al fin y al cabo no tenían en la isla a quién acudir. Por consideraciones de estricta ética jamás cobró honorarios. Se conformaba con lo que producía la venta de los medicamentos, si bien es cierto que el Debe y el Haber de la botica no balanceaban casi nunca, ya que los clientes adquirían las medicinas al crédito y, una vez curados, olvidaban el compromiso de pagarlas. Ni siquiera la escasez económica en que vivía habría bastado a decidirlo cuando el Alcalde quiso que me encargara de la Escuela Primaria en ocasión de la aciaga muerte de mi hijo Néstor, que era maestro debidamente titulado y que además poseía una sólida cultura didáctica. Seducido por Débora sufrió como una especie de colapso ético y se dejó arrastrar por el berrinche lujurioso de la hembra. Supe ocupar su puesto día tras día dejando a salvo el honor de la familia. Muerto él, no tuve más remedio que seguir ejerciéndolo gratuitamente

al enterarme de que Néstor había pedido un préstamo al Banco Nacional para despilfarrarlo con su coima. El Presidente de la República, padrino de él, le había servido de fiador y desde luego, consideró oportuno que la escuela siguiera sin maestro mientras el muerto cancelaba su deuda hasta el último centavo. Por tal motivo reemplacé a Néstor *ad honorem*. Años después, por suerte, me confirmaron en el puesto. La asignación, sin ser muy alta, era una base eficaz para su quebrantada economía. Se dedicó casi del todo a la enseñanza. Más serviré como maestro que como médico, decía, porque en esta isla nadie se enferma. Con este sol, este mar y esta brisa no hay dolencia posible. Sólo se mueren los ancianos aunque todos gozamos de una salud matusalénica. Cuando lo pensionaron, después de mil gestiones, fungía de director de la escuela. Tenía bajo su mando varias maestras ya que la población escolar había crecido a causa de la abundancia de mariscos y del aire yodado como él decía. Sus funciones docentes no le impidieron la adecuada atención de sus enfermos y, al jubilarse, volvió a ejercer de lleno la medicina sobre todo porque el subsidio que recibía tenía características de dosis homeopática. Sus dos hermanas solteras administraban, mejor que él, la farmacia, valiéndose del viejo santo y seña de hoy no se fía, mañana sí. Ellas también atendían a los diversos quehaceres de la casa, pues ambas eran duchas en la cocina y expertas en encaje de bolillo y repostería, habilidad que las volvía indispensables en nacimientos, bodas, cumpleaños y velorios. En el pueblo solían llamarlas por cariño la niña Clo y la niña Chenta.

—No te olvides de ir a ver a Balbina —le había dicho Clotilde. Y Vicenta:

—Si ves al perro negro, rézale la Magnífica.

Ya era de noche en Barlovento y el bohío de Balbina no daba más señales de vida que los rebuznos del borrico y el ladrido de un perro. No había vecinos por todo aquel contorno. La débil claridad que despedían varias velas encendidas frente a un retablo me permitió acercarme hasta la cama. La pobre anciana apenas respiraba. Tenía congestionados los pulmones y muy apagado el pulso. Abrió los ojos y en su agónico esfuerzo musitó algo que oí a medias. Más que mi ayuda física, lo que necesitaba era el auxilio espiritual de un sacerdote. No había ninguno en la isla en esos días y mi deber era salvarla a toda costa. Luché a brazo partido durante varias horas aun convencido, como lo estuve desde el instante en que llegué, que todo esfuerzo mío sería inútil y que nada en el mundo podía cambiar el desenlace fatal. En un rincón del cuarto, junto al altar, había una imagen del Nazareno casi del porte de un muchacho

crecido. Era la que, montada en el borrico, hacía su entrada triunfal bajo los arcos el Domingo de Ramos en recuerdo de la ida de Jesús a Jerusalén. En sus últimos gestos ella trataba de indicármela. Se la acerqué. Quiso tocar el rostro del Mesías, pero quedó como en suspenso, con los ojos abiertos. Se los cerré piadosamente. Cubrí el cádaver y salí. Estaba oscuro. Sentí de pronto un ruido extraño que me paralizó. ¿Era el borrico? Caminé casi a tientas entre penumbras y eché a andar muy de prisa y excitadísimo, pues me sentía culpable de aquella muerte. ¿Cómo pude olvidarme de visitarla? ¿Por qué motivo no acudí a su llamado desde tempranas horas de la mañana? La habría salvado. De ello estaba seguro, sobre todo porque Balbina tenía fe en mí. En su sencilla escala de valores, yo ocupaba, después del Galileo, la inmediata categoría. Confió en mí. No cumplí. ¿Lo hizo Jesús? Para ella, sí. Mientras trataba de analizar los hechos procurando absolverme de esa especie de complejo de culpa que iba invadiéndome, me di cuenta de pronto que estaba a punto de atravesar el Paso de las Ánimas cuyo lóbrego túnel me dio pavor. La parpadeante luz que desde el nicho despedía la bujía, creaba sobre el camino una siniestra abracadabra de sombras. Los murciélagos volaban junto a mí sibilantes. De repente sentí a mi lado la presencia inequívoca del perro negro. Percibía claramente sus pisadas. ¿Qué rezar? ¿*El Magnificat*? Además de haber sido buen liberal, yo era masón. Había olvidado mis oraciones. Nada podía librarme de mi miedo, de mi angustioso sentimiento de culpabilidad.

Cuando llegué a mi casa, mis dos hermanas me esperaban amedrentadas y habían salido a media calle con una lámpara encendida. Parecían enteradas de lo ocurrido porque una de ellas dijo:

—Nos traes el perro negro de Balbina. ¡Qué buena cosa!

—Claro —dijo la otra—. Ella, en su gloria, ya no lo va a necesitar. Ven, Barrabás. Compórtate. Vivirás con nosotros.

El sol, ya en el ocaso, lanza sus últimos relumbres sobre la eternamente móvil grandiosidad del mar.

Presintiendo que su hora de cenar se aproxima, don Plácido emprende el camino de regreso.

Índice

INTRODUCCIÓN.....	5
-------------------	---

DECÁLOGO PRIMERO

I	Contrapunto simbólico en memoria del héroe	9
II	El paso de las ánimas.....	14
III	Las brujas ayudaron a Felipe.....	19
IV	Pro mutuo beneficio.....	22
V	Se bañaba desnudo en la charca de los gansos	29
VI	Anel y el peje.....	35
VII	Lázaro, <i>surge et ámbula</i>	38
VIII	Felipe cae en el garlito.....	43
IX	Señales de mal agüero	46
X	Los muertos son como los vampiros	51

DECÁLOGO SEGUNDO

I	Goyo Gancho vuelve a ser libre	61
II	Desde ese día Felipe se volvió incrédulo.....	64
III	Cólico miserere.....	68
IV	¿Qué vaina es esa de la guerra?.....	72
V	El legado del prócer.....	78
VI	Un mascarón de proa en figura de una bella sirena	82
VII	Goyo Gancho a la guerra	86
VIII	Norina era bonita y putita	93
IX	Rivalidad entre Felipe y un macho cabrío.....	98
X	La imitación de Lot	102

DECÁLOGO TERCERO

I	Elecciones espurias.....	109
II	Guerrilleros anónimos	114
III	El duende era un negrito de ojos garzos	119
IV	Las barbas de Ladera	123

V	Un auténtico vicario del Señor	127
VI	Nupcias de Pipe y la burra	133
VII	El tesoro escondido.....	137
VIII	El mar junto a la popa estaba rojo	140
IX	Felipe se burla de Titila	143
X	<i>Yes we have no bananas</i>	147

DECÁLOGO CUARTO

I	La encuerada del siglo	157
II	El hombre de la barba nazarena	162
III	Triunfal entrada de Jesús en Jerusalén	167
IV	Pipe, el mero y el tiburón	171
V	¡Pobre Fifi!.....	174
VI	Pompas fúnebres	180
VII	La quintaesencia del marinismo	185
VIII	Músico preso por desfalco.....	189
IX	¡Soberbio, Majestad! ¡Tiro certero!.....	193
X	Galletas de jengibre	198

DECÁLOGO QUINTO

I	Incesto y satiriasis.....	205
II	No se sentía del todo responsable.....	211
III	Solo eran luces de Bengala.....	217
IV	Martingalas de un místico	222
V	El Leviatán llegó a la isla.....	227
VI	La devota lectura de libros orientales	231
VII	Marino abanderado del carnaval	234
VIII	Funeral de la burlas	238
IX	<i>Semen retemptum venenum est</i>	244
X	¡No hay perdón!.....	251

DECÁLOGO SEXTO

I	Cándida regresa como maestra.....	257
II	Gariteros, ladrones y asesinos	261
III	Comepán y los negros	265
IV	Faustina invoca al fastasma	269
V	Eddy, el <i>Blue Moon</i> y el amuleto.....	273
VI	Glorificado sea el pecado.....	277
VII	Sepultan al fantasma píamente	281
VIII	Mimila mata al duende	284

IX	Más vale serlo y no parecerlo	288
X	Felipe cena con el difunto	293

DECÁLOGO SÉPTIMO

I	Una señal mesiánica	299
II	¡Crucifícalo! ¡Crucifíqueno!	304
III	<i>Ave gratia plena Dominus tecum</i>	310
IV	La América para los americanos	313
V	Jesús hizo el milagro de preñar a Milagro	316
VI	Un caso de inmaculada concepción	320
VII	Honores para el hijo de un héroe	329
VIII	Malos presagios de Papa Chente	334
IX	El yumeca y la bruja	338
X	El regreso de la Walkiria	341

DECÁLOGO OCTAVO

I	Las copróforas	347
II	Danilo, Eva, la Virgen y Rosina	352
III	La mansión de los Lípero	359
IV	El Santo Clavo	363
V	Romance pedagógico	370
VI	Una carta fatídica	373
VII	Tiburones de los mares del Sur	378
VIII	Un insólito Tabernáculo	384
IX	La sangre no llegó al río	389
X	El caballero de la fe	392

DECÁLOGO NOVENO

I	La corvina dorada	397
II	La mágica epifanía de la sangre	405
III	Lucha de Jacob con el ángel	409
IV	Una especie de complejo de culpa	415
V	Fracaso de una misión soteriológica	419
VI	Un sacerdote semejante a Jesús	427
VII	Peripecia en las regiones australes	431
VIII	Desventura de Cándida en la poza	436
IX	Un obsceno demiurgo dionisiaco	442
X	Luna de miel en La Marina	449

DECÁLOGO DÉCIMO

I	Cairote pudo haber sido el sátiro	457
II	Felipe invita a la estatua	462
III	No te preocupes, lindo Nazareno.....	466
IV	Señor, hagamos cuentas.....	470
V	Abrahán no debe matar a Isaac.....	475
VI	Las siete palabras.....	481
VII	El filtro mágico	486
VIII	El fatal ángel de Sodoma.....	490
IX	La libertad de Judas	494
X	Una isla mágica para un pueblo mesiánico	499

▼

La isla mágica, de Rogelio Sinán,
se terminó de imprimir en el mes de agosto de 2014
en los talleres gráficos
de la Universidad Tecnológica de Panamá,
con un tiraje de 1,000 ejemplares.